

EL MERCURIO Y LA SEMANA TRÁGICA DE BUENOS AIRES (1919): LA SUBVERSIÓN Y LA NACIÓN

Jorge Canales Urriola

Jorge Canales Urriola, es antropólogo social de la Universidad de Chile y actualmente estudiante del Magíster en Estudios Latinoamericanos de la misma casa de estudios. Ha trabajado temas relativos a la historia social y de las mentalidades y al análisis del discurso, así como al problema de la ideología en los movimientos sociales y a los movimientos obreros de Chile y Argentina. Anteriormente ha publicado "Fe en el padre: el discurso sindical en la pampa salitrera (1930-1960)" en la revista Si Somos Americanos¹.

Resumen

El periódico chileno El Mercurio, dada la magnitud de la huelga de Buenos Aires de 1919, en la que murieron alrededor de cuatrocientas personas, no pudo quedarse indiferente ante esos hechos. Publicó noticias diarias sobre el desarrollo de los acontecimientos, y días después publicó en sus páginas comentarios y editoriales sobre la huelga. El presente artículo analiza esos comentarios, a través del Análisis Crítico del Discurso, buscando claves para comprender el particular papel que juegan la nación y la huelga obrera en el imaginario liberal del diario y en la intencionalidad de su discurso.

Palabras claves: Análisis del discurso, ideología, prensa, El Mercurio, Semana Trágica.

Hacia 1919 la agitación obrera constituía una preocupación no menor para las elites latinoamericanas. La multiplicación de las huelgas y las organizaciones de trabajadores, luego del fin de la Guerra Mundial, representaba un síntoma claro de la crisis del "Estado oligárquico". El fantasma que recorría Europa parecía avocindarse también en nuestro continente. En Chile el temor aumentaba con cada huelga, y la crisis salitrera que comenzaba a azotar fuertemente a las provincias de Tarapacá y Antofagasta, y que significaba el cierre de muchas oficinas, amenazaba con expulsar a la chusma pampina hacia

1. Contacto: jcanalesu@hotmail.com

un “ejército de reserva” aparentemente resuelto a vengarse.

En este contexto, la prensa jugó un papel clave en la fijación de un imaginario sobre la actualidad política y social, y también sobre su proyección en el futuro. Lo interesante es que sus interpretaciones no eran homogéneas. Dentro de la oferta de periódicos, *El Mercurio* se levantaba como uno de los diarios más importantes y prestigiosos, a la vez que portador de un pensamiento liberal que pugnaba por reformas que detuvieran la avalancha social. Entre las corrientes de la elite, *El Mercurio* encarnaba una posición renovadora y menos conservadora que sus congéneres en la prensa.

Para el presente artículo resulta de especial interés comprender la visión que este diario construyó sobre la movilización social y, situados concretamente en la coyuntura de 1919, su visión sobre los desgraciados hechos conocidos como la Semana Trágica de Buenos Aires, en enero de ese año. Para este efecto, nuestro análisis se centra en los comentarios (artículos, columnas y editoriales) que el periódico dedicó a tales hechos. Nos hemos concentrado en ellos, en desmedro de las “informaciones periodísticas”, pues se estructuran sobre líneas argumentativas que transportan una opinión explícita, las que, en todo caso, son discutidas también en función de las opiniones implícitas que contienen.

Nos parece interesante proponer la discusión sobre la función política e ideológica que cumplen los diarios, y cómo este rol es claramente apropiado por la prensa de elite toda vez que se trata de colocar en el ruedo político a la movilización social. Es particularmente interesante la discusión que sugiere *El Mercurio* sobre la Semana Trágica, pues cruza el problema de la movilización obrera con la crítica de la huelga revolucionaria como reivindicación política, con la influencia de la revolución rusa en ella, y con el problema de la nacionalidad en el origen de la “subversión”. Es importante poner el ojo en esta cuestión, pues el discurso permanentemente está construyendo referentes, a través de la re-interpretación de identidades nacionales y de clase, y al mismo tiempo, utilizando estrategias específicas para inducir la relación del lector con ellos.

1. Discusión preliminar. Los periódicos y la política.

Resulta insoslayable la relación entre política y lenguaje. La construcción de la política parece tener como condición necesaria la intermediación del lenguaje. A través de éste la política no sólo adquiere sustancia sino que se constituye en sí misma. Visto así, el discurso, la realización concreta del lenguaje, se levanta como la posibilidad de la comunidad política, mientras el binomio lenguaje-política permite la emergencia del poder. "La única precondition de la producción del poder es la coexistencia discursiva entre los hombres"². Según Juan Pablo Arancibia, lo propiamente político se constituye por los procesos de significación en sí mismos, en cuanto representan los escenarios en los que los sujetos pugnan por el control de la producción de sentido, por un lado, y por su visibilidad social, por el otro³. La imbricación entre política y lenguaje está dada, por tanto, en la disputa por la significación de la realidad.

De aquí, claramente, la importancia de los medios de comunicación de masas, y particularmente del periódico, en la política. De alguna u otra forma, aquellos constituyen ese espacio de significación de la realidad, la posibilidad de representarla. Por esto es que nos parece indiscutible su rol político. De todas maneras, es evidente que el periódico no es sólo ese espacio en disputa. En rigor, lo que está en pugna no es únicamente el control de tal o cual diario, sino el control del rol que éstos juegan en la política. El periódico es un tipo de lenguaje que ha logrado conquistar un lugar especial, y que, por tanto, no constituye en lo absoluto un espacio neutro, sino más bien un instrumento parcial que ocupa una plaza privilegiada. Héctor Borrat retrata esta cuestión concibiendo al periódico como narrador y comentarista de la realidad política, pero a la vez como participante de ella, como agente de socialización y como grupo de interés⁴. El diario no sólo moviliza el lenguaje de la política, sino que actúa en ella a partir de su particular posición. Permite la política tanto como participa en ella.

Esto implica dos cosas: primero, e indiscutiblemente, el periódico es tanto un escenario de la política como un actor de ella, y segundo, el periódico

2. Juan Pablo Arancibia, *Comunicación política. Fragmentos para una genealogía de la mediatización en Chile*. Universidad Arcis, Santiago de Chile, 2006, p. 36.

3. Juan Pablo Arancibia, Op. Cit., p. 208.

4. Héctor Borrat, *El periódico: actor político*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1989, p. 154

legítima la forma y la dinámica actuales de la política. Legítima el *status quo*. Gaye Tuchman, refiriéndose particularmente al rol de las noticias, de las informaciones periodísticas o del “relato” de los hechos noticiables, afirma: “La noticia limita el acceso al discurso y transforma al discurso. La noticia legitima al Estado contemporáneo, evadiendo el análisis por medio de la ahistoricidad, la lógica de lo concreto y el acento puesto en la contingencia de los acontecimientos más que en su necesidad estructural”⁵. Van Dijk complementa esta lectura sosteniendo que las informaciones periodísticas “son la forma principal del discurso público que proporciona la proyección general de modelos sociales, así como el conocimiento omnipresente dominante y las estructuras conductuales que convierten en inteligibles a estos modelos”⁶. A través del conocimiento dominante, legitimado, y de prescripciones conductuales, el periódico permite que sus lectores internalicen modelos sociales –que para van Dijk tienen una raíz cognitiva– que “normalizan” el discurso público y la política.

Aquí está, creo, uno de los puntos críticos de la reflexión. La legitimidad de cierta forma de la política y del discurso es conseguida gracias a una representación de la realidad que, a nuestro juicio, es ideológica. Cuando Marx hacía la crítica de la filosofía alemana, criticaba el principio idealista de la “autoconciencia”, pues lo que este principio hacía era concebir al ser humano no desde sí, sino desde la “idea de sí”. En pocas palabras, lo que hacía la ideología alemana era invertir los hechos por la idea de ellos, y finalmente reducirlos a su pura existencia en el pensamiento⁷. Si concebimos la ideología como inversión y reducción, podremos comprender con mayor propiedad la función ideológica de los medios de prensa.

2. El Mercurio y enero de 1919.

1919 estaba en medio del proceso por el cual América Latina veía transformar su estructura económica. Con el fin de la guerra, el intercambio con Gran Bretaña disminuyó sustancialmente, y paralelamente comenzaron

5. Gaye Tuchman, *La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción de la realidad*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1983, p. 191.

6. Teun van Dijk, *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*, Editorial Paidós, Barcelona, 1990, p. 259.

7. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, 2004.

a penetrar el capital y las mercancías norteamericanas en el continente, permitiendo la reactivación de las exportaciones. Sin embargo, este reemplazo inició el proceso de desarticulación de la estructura económica latinoamericana, al destruir la alianza entre las oligarquías nacionales latinoamericanas y el capital inglés⁸. Esta cuestión colaboró con el comienzo del socavamiento del rol productivo de la oligarquía. Probablemente este hecho haya sido capital para el triunfo radical en Argentina en las elecciones presidenciales de 1916. De todas formas, sería aventurado suponer un cambio en el eje del poder para entonces. En Argentina las propuestas legislativas radicales constituían reformas tímidas, adheridas al orden establecido y el programa de gobierno era más bien suave⁹. Si bien el radicalismo no era aliado de los grandes oligarcas, el poder de éstos no se vio completamente perjudicado.

El panorama obrero era otro. Terminado el conflicto mundial, las organizaciones de trabajadores paulatinamente fueron consolidando sus demandas y sus movilizaciones. En Argentina los sindicatos y federaciones se vieron fortalecidos. En 1919 eran dos grandes federaciones obreras las que dominaban el escenario laboral. Una, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) del IX° Congreso, de tendencia mayoritariamente sindicalista, y la FORA anarquista, que reclamaba los principios de la acción directa sancionados por la federación en su V° Congreso. Esta última fue la que condujo la movilización obrera del 9 al 15 de enero de 1919 en Buenos Aires, al declarar la huelga general indefinida.

A propósito de la huelga de los obreros metalúrgicos de la Casa Vasena, que llevaba más de un mes, y tras la muerte de un agente de policía, el día 6 de enero la policía mató a cuatro obreros. El día 9, el de sus funerales, se inició la huelga a la que se sumaron varios sindicatos. De ahí en adelante, los tiroteos entre policías y piquetes de obreros se generalizaron en los barrios de Buenos Aires y en algunas provincias. Entonces, la FORA del IX° Congreso llegaba a un acuerdo con el gobierno y el día 11 llamó a levantar la huelga, mientras FORA V° llamaba a persistir en la movilización. Las escaramuzas continuaron hasta el día 15, y la amenaza de Estado de sitio no alcanzaría a cristalizarse.

8. Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1984.

9. David Rock, *Argentina, 1516 - 1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1995, p. 259.

La huelga, para ese día, ya se había extinguido. El resultado fue alrededor de cuatrocientos muertos y dos mil detenidos, Además, por cierto, de la derrota del anarquismo¹⁰.

La preocupación que mostró *El Mercurio* por los sucesos de Buenos Aires no fue una cuestión menor. Luego de declarada la huelga general en esa ciudad, y hasta su fin, este diario le dedicó parte importante del espacio consagrado a las noticias internacionales de América. La información era enviada por un corresponsal que narraba en detalle el desarrollo de los hechos. No era una preocupación fortuita. Por esos días en Santiago se efectuaba una huelga del personal de la Empresa de Tracción Eléctrica, los tranvías, declarada por el Comité del Consejo Federal N° 2 de la Federación Obrera, que concluiría el día 11 de enero tras 8 días de duración. La jornada anterior se realizaba una reunión de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, y también declaraban la huelga la Policía de Aseo de Santiago con el apoyo de otros consejos de la FOCH. Luego entraría en huelga el Consejo Federal que agrupaba a los gasfiteros, bronceros y hojalateros. Sobre todos estos movimientos la Federación Obrera parecía tener una importante ascendencia. Además, la inminencia del cierre de varias oficinas salitreras de Tarapacá y Antofagasta representaba una amenaza cierta para los trabajadores pampinos. A todas estas cuestiones *El Mercurio* dedicó algunas páginas durante varios días.

Es interesante notar que *El Mercurio*, en su presentación de los sucesos internacionales, prestara especial atención al “proceso maximalista” que vivía la Europa de la postguerra, encendido con el triunfo de la revolución de octubre en Rusia y la declaración del gobierno de los soviets. Su preocupación se hallaba en el rol que podía llegar a jugar este “maximalismo” en la reconstitución de Europa, y particularmente en Berlín. Y por supuesto, por la amenaza que significaba su posible influencia en Chile. Por lo mismo, y ya finalizada la huelga de Buenos Aires, el diario publicó una nota consignando que el día 17 de enero el Ministro del Interior indicaba a los intendentes la aplicación de la “ley de Residencia” ante el probable arribo de argentinos y rusos participantes de la huelga bonaerense.

10. Julio Godio, *Historia del movimiento obrero en Argentina, 1870-2000. Volumen 1, La época de las corrientes sindicales fundadoras, 1870-1943*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 2000.

Ahora, nos parece importante destacar algunas ideas presentes en el discurso de *El Mercurio* para entonces. Tal como lo consigna Isabel Torres Dujisin, el periódico sostenía la persistencia de un contexto de crisis, idea que también afloraba en el resto de la prensa. Lo particular de la lectura de *El Mercurio* era que esa crisis parecía deudora de una creciente ilegitimidad de los partidos políticos, y de alguna u otra forma, se presentaba como una crisis social con su núcleo en una crisis de representación. Este panorama era interpretado como efecto del cambio en la correlación de fuerzas que tendían a agruparse en torno al descontento popular¹¹. Evidentemente, esta visión de la crisis conducía al temor de un potencial fervor revolucionario. Por lo mismo, las tendencias socialistas, llamadas por *El Mercurio* “maximalistas”, eran representadas como de agencia externa al país y a los núcleos obreros. Los “maximalistas” eran estigmatizados y “diabolizados”, concebidos como individuos fraudulentos que, arguyendo la liberación del pueblo, traían el caos y la anarquía. Además, estaban en abierta oposición al patriotismo, el principal argumento del diario para la unión nacional¹². Lo que estaba en juego aquí era una tipología dicotómica que oponía el “verdadero trabajador” al “agitador”. La particularidad de *El Mercurio* respecto a esta oposición es que reconocía que era la miseria popular la que permitía el éxito de la empresa de los “agitadores maximalistas”. Esta era una visión más moderna que la del resto de la elite, pero igualmente mezclada con dosis de autoritarismo¹³.

A partir de la clara distinción entre verdaderos trabajadores y agitadores, este diario construyó una visión paternalista sobre los primeros. Las proposiciones de cambio, que sí existían en *El Mercurio*, se pensaban a partir de la idea de inferioridad del pueblo y de la superioridad moral de la elite. Era la elite la llamada a resolver los problemas del pueblo, pues esta superioridad le otorgaba la legitimidad de gobernante¹⁴. Sobre esta concepción era que se levantaba como una preocupación importante para el periódico la presencia o ausencia de orden en las huelgas. Las huelgas no eran condenadas mientras, y aquí está el punto, se sometieran a los dictámenes de la autoridad.

11. Isabel Torres Dujisin, *Estudio de la mentalidad y pensamiento político de la elite en el año 1919, a través de la prensa, en Santiago*, Tesis de Licenciatura en Filosofía mención Historia, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1985, p. 87-92.

12. Isabel Torres Dujisin, Op. Cit., p. 104.

13. Isabel Torres Dujisin, Op. Cit., p. 134-141.

14. Isabel Torres Dujisin, Op. Cit., p. 118-123.

Se realizaba la institucionalidad, la constitución y el respeto por la autoridad, y se condenaban la fuerza, las injurias y las presiones¹⁵. En pocas palabras, mientras las huelgas se sometieran al orden serían instrumentos útiles para las reivindicaciones populares. Además, por supuesto, que así resguardaban la hegemonía política de la elite.

3. La Semana Trágica de Buenos Aires a través de El Mercurio.

Según Borrat, el comentario de un tema en un diario tiene un rango mayor que los temas que constituyen acontecimientos noticiosos, que sólo son narrados, y más aún si logra una editorial¹⁶. Nos parece que la relación problemática entre las noticias de la Semana Trágica y sus comentarios debe considerarse a partir de la necesidad de *El Mercurio* de reinterpretar los hechos y reconducirlos hacia la crítica del movimiento huelguista. Aquí, en teoría, el filtro que constituye el “marco” de las noticias no es suficiente, y se hacen necesarios esos comentarios.

Para presentar la opinión de un periódico no sólo se usa el comentario. Puede expresarse explícitamente a través de las editoriales (columna del editor o redactor principal), o bien mediante una organización estratégica de los otros comentarios y de los relatos informativos¹⁷. Por tanto, es necesario hacerse la pregunta de la estrategia de *El Mercurio* sobre la huelga de Buenos Aires. Durante el mes de enero este periódico publicó cuatro comentarios relativos a los hechos. Uno de ellos apareció con el título de “Infección a las puertas”, y formaba parte de las columnas editoriales del periódico, aunque de corta extensión. No tenía firma, por lo que resulta adjudicable al editor. Un segundo comentario apareció también en esas columnas, el mismo día. La diferencia es que venía firmado (en Buenos Aires) y con fecha de diez días antes. Los dos otros comentarios tenían la misma firma, y fueron publicados alternativamente en días posteriores, aunque ahora en la primera página, cuestión no menor. La portada es el principal escenario del periódico, y la incorporación de un comentario en ese lugar le entrega un relieve mayor que cualquier otro

15. Isabel Torres Dujisin, Op. Cit., p. 125-129.

16. Héctor Borrat, *El periódico: actor político*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1989, p. 131

17. Héctor Borrat Op. Cit., p. 139.

comentario¹⁸. Aún representando opiniones “no oficiales” de El Mercurio, estos comentarios tuvieron un espacio privilegiado en la presentación del periódico. Por eso no nos parece descabellado considerarlos, a pesar de la firma, como editoriales.

Estas editoriales, firmadas en Buenos Aires, representaban un comentario desde el “lugar de los hechos”. Un comentario de “primera mano”, basado en la observación directa, sin intermediarios, y por tanto con mayor autoridad que la de cualquier lector chileno de *El Mercurio*, ajeno a los acontecimientos de la capital argentina. El estilo del comentarista combinaba, además, un estilo narrativo de ciertos hechos puntuales, que reforzaban este carácter factualista, con las apreciaciones generales sobre la huelga. De hecho, la narración era en primera persona, aludiendo a las experiencias concretas del corresponsal, más como un testimonio no encuadrado en el estilo “objetivo” de las noticias. Era un comentario que hacía una presentación narrativa de los hechos. Por otro lado, el autor hacía referencia directa a los lectores. Con expresiones como “así como el lector sabe”, a nuestro juicio, intentaba vincular activamente a los receptores no sólo con el mensaje, sino también con el rol informativo y formativo del periódico. Se recalca, así, el vínculo diario-lector, con el que intentaba fortalecer su función persuasiva.

Pero más allá de la cuestión que podríamos llamar estilística, nos interesan también las formas en que se estructuraron estos comentarios. Entendiendo que los textos tienen una estructura formal o funcional, de tipo sintáctico, y una estructura de significados, de tipo semántico, y que ambas pueden encontrarse a nivel local (en las oraciones) y a nivel global (al nivel de los párrafos y del texto), prestamos especial interés a lo que van Dijk llama las “macroestructuras”, esto es, las explicaciones teóricas de los significados globales, temas o asuntos del texto. En términos prácticos, la macroestructura semántica se refiere al tema de una información, a su esencia, su resultado o a la información más importante¹⁹. Ahora, al tratarse de unidades semánticas, las macroestructuras deben formularse en términos de proposiciones, y como son globales, resultan de la organización jerárquica de las proposiciones del texto,

18. Héctor Borrat Op. Cit., p. 140.

19. Teun van Dijk, *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*, Editorial Paidós, Barcelona, 1990, p. 253.

las que son sintetizadas por una “macroproposición”²⁰. El propio van Dijk releva la relación que existe entre este tipo de proposiciones y los comentarios de un periódico: “dado que las proposiciones pueden ser proposiciones-creencias, también las macroproposiciones pueden representar opiniones, como es el caso característico de los artículos editoriales”²¹. Lo interesante de las macroproposiciones y de las macroestructuras es que no necesariamente se presentan explícitas en los textos y pueden constituir significados subyacentes.

Bajo la definición anterior, podemos referir las macroproposiciones de las cuatro columnas editoriales de nuestro análisis. La que fue escrita en Chile puede sintetizarse bajo la idea de que ‘resulta un peligro inminente para el país el ingreso de la amenaza maximalista rusa desde Argentina’. Por su parte, las editoriales enviadas desde Buenos Aires, según fecha de publicación, referirían: la primera, que ‘los obreros han desatado un clima de violencia, desorden y agitación sin ninguna razón aparente más que la pura exaltación’, agregando que ‘la huelga revolucionaria ha afectado el normal funcionamiento de la ciudad, perjudicando a todos sus habitantes’, y que ‘la situación es grave, y puede empeorar mucho más si la autoridad no actúa férreamente’. La segunda editorial postularía que ‘los trabajadores, incluso los huelguistas, han condenado el uso de la fuerza y el desorden de los exaltados, y han declarado el fin de la huelga’, complementadas por la idea de que ‘los responsables de los desórdenes y las muertes son los elementos maximalistas de procedencia extranjera, que han amenazado el orden nacional’, y que ‘en Chile, los obreros y las autoridades deben defenderse patrióticamente de los elementos extranjeros maximalistas’. Y por último, la tercera que ‘la huelga ha provocado un estado de violencia máximo, que ha llevado a la muerte a mucha gente, entre ella muchos policías y personas inocentes’, y que ‘para terminar con la huelga es necesario que el gobierno utilice todo el rigor de la fuerza’, puesto que ‘la huelga es conducida sólo por un grupo de exaltados, y parece no tener motivo aparente, lo que la vuelve ilegítima’. Claramente, las editoriales con origen en la capital argentina construyen un discurso sobre la huelga obrera, bajo la forma de intertexto, y al que es posible sumar la primera editorial, puesto que no sólo no se opone al discurso de las otras, sino que dialoga con ellas a partir

20. Teun van Dijk, “Estructuras textuales de las noticias de prensa”, en *Análisi*, N° 7/8, Barcelona, 1983, p. 93.

21. Teun van Dijk, “Opiniones e ideologías en la prensa”, en *Voces y Cultura*, N° 10, Barcelona, 1996, p.

26.

de una lectura local –desde intereses locales– sobre esos hechos.

El punto es interesante, porque nos permite leer estas macroproposiciones como proposiciones del discurso editorial de *El Mercurio* sobre la Semana Trágica, es decir, conformado todas ellas una macroestructura del intertexto. Esta “macroestructura mayor” tendría como macroproposición principal, en un plano bastante más subyacente, que ‘Chile se ve amenazado en su orden y en la vida de sus ciudadanos, gracias a la agitación social sin motivo que traen los maximalistas europeos expulsados de Argentina’, ‘agitación a la que son particularmente sensibles los obreros’. Por eso es que ‘las autoridades deben tratar con todo el rigor cualquier intento de desorden influenciado por los extranjeros’. A nivel semántico, de los significados de los temas propuestos por el conjunto de las editoriales, se construye la idea de amenaza y peligro, no en abstracto, sino como violencia callejera y muerte de inocentes, en relación a elementos extranjeros, los que tienden a enquistarse en el movimiento obrero. Tan importante como la “señalización” del enemigo externo, preferentemente rusos exaltados, es la insinuación de que no sólo ellos, sino que sus ideas se hospedan en las organizaciones obreras. Por tanto, todo obrero que simpatice con el maximalismo resulta sospechoso de querer colaborar con los rusos y sus objetivos desquiciadores.

Este es el marco general de nuestra interpretación, facilitado por la identificación de las macroestructuras y sus macroproposiciones. Pero, al mismo tiempo, emergen elementos complementarios que permiten profundizar el análisis. Uno de ellos tiene que ver con la construcción del léxico del discurso editorial. Es clara la denominación de la huelga a través de sustantivos como “desorden”, “violencia”, “tropelías”, “atropellos”, “escaramuzas”, “movimiento subversivo”, “estado de anarquía”, “efervescencia popular exaltada”. O a través de acciones como “perturbación”, “subversión” o “confabulación”. A esta concepción explícita de la huelga, se le asocian términos como “principio maximalista”, “arrogancia de asaltos a comisarías”, “imposición inaudita de paralización del comercio”, y “motivos incalificables y tenebrosos”, entre otros. Visto así, no es para nada nebulosa la asociación de la huelga a la construcción de un campo semántico específico que combina el desorden deliberado y egoísta con la idea de estado de excepción. Evidentemente, esta construcción

aparece hecha en oposición a un campo semántico que asocia normalidad a ciudadanía. Es en ella, precisamente, donde se dejan ver las consecuencias nefastas de la huelga, y a partir de este campo es que ésta se evalúa. Ideas como “peligro”, “infinitas dificultades provocadas”, “noche trágica”, “soledad en las calles”, “estado latente de alarma”, “inquietud y zozobra”, “los más graves rumores”, e “indignación” dan cuerpo a este polo de significado. A éste podemos asociar también efectos negativos tales como “pueden ocurrir tantas cosas graves”, o las “noticias alarmantes” (nótese la asociación de las noticias a este campo), perspectivas de solución en el caso del “estado de sitio como recurso ineludible”, o bien efectos por el fin de la huelga tales como un “respiro de intensa satisfacción”. Ambos campos están necesariamente imbricados y contruidos en función de la huelga y su disrupción social, su interferencia en la normalidad y el alcance altamente perjudicial de su existencia.

De todas formas, el problema del léxico parece no tener la suficiente profundidad si no se considera el problema de la representación de los roles para los distintos referentes o actores involucrados en la huelga. El principal, evidentemente, es el referente huelguista. Claramente, es designado con denominaciones relacionadas de modo directo con el polo negativo del campo semántico al que nos referíamos antes, pero introduciendo elementos tremendamente significativos. En términos de fijación del referente, de su identificación clara, emergen la idea de “huelguistas”, “obreros”, “revolucionarios”, “maximalistas” y “anarquistas”. A este se le asocian calificaciones sustantivizadas, tales como “elemento insurgente”, “madrigueras de conspiradores”, “sublevados contra el orden”, “culpables”, “mala gente”, “tribus de anarquistas”, “revoltosos”, “esos elementos”, “decenas de granujas”, “hombres en plena eferescencia”, “turbas”, “grupos de obreros recalcitrantes”, “elementos obstinados e impulsivos”, “conspiradores”. En conjunto, estas calificaciones encierran tres ideas básicas. Primero, se genera una distancia déctica con los obreros (‘esos’), y moral; segundo, se les concibe como agrupaciones espontáneas e irracionales, impulsivas; y tercero, en oposición a lo anterior, se les concibe como deliberados desafiantes del orden social. Esta tensión es relevante, pues permite calificar, alternativamente en un mismo discurso, dos concepciones que podrían ser recibidas diferenciadamente por los lectores. Lo interesante es que este discurso agrega un nuevo componente,

complementario con los anteriores. Los sujetos de la huelga son también “elementos extranjeros de la peor especie”, “elementos extraños al país”, “rusos de malos antecedentes”, y “extranjeros indignos de confianza”. La asociación de la huelga con obreros extranjeros es más que recurrente y, de alguna u otra forma, nos convida a pensar que se trata de un concepto no sólo complementario, sino que integra a los anteriores. De hecho, los sustantivos “extranjeros” y “rusos”, sin adjetivaciones, y por tanto, aparentemente neutros, son también recurrentes, cumpliendo el rol de fijación (identificación) del referente.

Importante es destacar los actos que se les asignaban a los obreros, constituyendo con ello no sólo referentes adjetivados, sino también predicados. Acciones como “vociferaciones contra el orden constituido”, “befaban dando grandes gritos”, “la sangre que hicieron correr”, “aspecto dictatorial de sus actos”, “desquiciar las cosas”, y “miran ciegamente a un fin de desconcierto y de anarquía totales”, son testimonio de una agencia destructiva adjudicada a los huelguistas.

En el otro polo del campo semántico se sitúan el resto de los actores. En oposición a los huelguistas se hallan todos los demás. O mejor dicho, en contra de todos y todo lo demás se hallan los huelguistas. Uno de los referentes que componen ese todo es la idea de ciudadanos. Sus denominaciones más comunes son “vecindario”, “curiosos”, “ciudad”, “la gente”, “hijos del territorio”, “país”, “argentinos”, “chilenos”, “nación”, “habitantes tranquilos”, “gente pacífica”, “todo el mundo”, “pueblo argentino”, “país entero”, “ricos y pobres”, “sociabilidad”, “inocentes”. Se combinan aquí, claramente, las ideas de tranquilidad y cordura social con la de territorio, primero local y luego nacional. También se le adosa a este referente, sutilmente, la esencia de la convocatoria nacional, la de una cobertura total (de “ricos y pobres”). Se perfila, en este punto, claramente ya la oposición entre lo extranjero del desorden, y la armonía social de la nación. Interesante es que, en el discurso editorial, las naciones de Chile y Argentina, aún no constituyendo una unidad, sí representan esencias soberanas de un territorio que se ven amenazadas por la insurgencia extranjera. Esto quedará más claro luego.

Hay dos elementos más respecto a este referente ciudadano que nos parece importante rescatar. Primero, se introduce el referente de un “nosotros”, deslizado por el columnista, que en algún momento hace referencia al equipo periodístico en terreno, pero en otro a una ciudadanía amenazada, es decir, a un nosotros que refiere a la nación. El punto no es menor, porque por asociación deíctica la prensa se identifica con la nación. La cuestión se ve reforzada por la referencia, también presente, a la “prensa” y a los diarios”, por un lado, y a “lectores” y “público”, por el otro. La relación entre unos y otros queda cristalizada por el sustrato de la nación. De esta forma, quedando el periódico asociado a la ciudadanía, se permite sugerir la dirección de la lectura de los hechos, y por tanto, de la opinión pública. Por lo mismo, no creemos que se trate de una mecánica representación de ella, sino más bien de un esfuerzo por modelarla.

Por otro lado, los contenidos predicativos asociados a la ciudadanía recogen ideas como “a oscuras de lo ocurrido”, “todo el mundo temeroso”, “la ciudad está en silencio” y “atropello contra su soberanía”, presentándola como víctima de la acción obrera. Pero además recogen ideas como “tradiciones de gente de orden”, “simpáticos colores de la bandera argentina”, “patriotismo y entereza argentinos”, “cimientos y fundamentos sociales de este gran pueblo”, “comunidad intensamente patriótica de sentimientos”, “orden social”, los que hacen alusión a la superioridad moral y social de la nación.

La polaridad semántica en la construcción del discurso sobre la huelga aparece, hasta aquí, transparente. Sin embargo, se incorpora en las editoriales un referente que es fundamental en esta construcción. El obrero verdadero. Este referente es interesante, pues presenta una forma, por llamarla de algún modo, obrerista, similar a la forma que el mismo trabajador tiene en el discurso reivindicacionista e incluso revolucionario de sus organismos de clase. Conceptos como “representantes de los obreros”, “clase trabajadora”, “asamblea de delegados”, “clase obrera”, buscan generar una solidaridad de este referente con el de la nación. Es decir, resituar al sujeto obrero en el polo semántico del “todos los demás”. No es casualidad que en un artículo se cite a la Federación Obrera Regional Argentina, FORA, como llamando a levantar la huelga. Hay que recordar que existían entonces dos FORA: una, la sindicalista,

que fue la que hizo este llamado a abandonar la movilización; y la otra, la anarquista, que convocaba a continuar con la huelga. Lo sintomático es que el diario no especificaba cuál de las dos era la del fin de la huelga, permitiendo la confusión de los lectores respecto a esos referentes sindicales. Por otro lado, la asociación de parte del referente obrero a la nación, condujo a calificarlos como “verdaderos trabajadores”, o hablar de la “buena fe de los obreros”.

Del lado de la nación había dos referentes más. Policías y militares, las fuerzas armadas, por un lado, y las autoridades (civiles), por el otro. El primero fue asociado a predicaciones como “opusieron fuerte resistencia”, “defendiéndose de ser asaltada”, es decir, reaccionando en defensa propia ante el ataque obrero. Como víctimas. Se le relacionó con “principio del orden”, “régimen militar que da confianza” y “fuerzas defensoras del orden”, lo que no sólo reforzaba su posición en el campo semántico, sino también su rol como garante del orden y la única alternativa para detener el desorden. Por eso, también las ideas de “exterminio implacable de revolucionarios” o “allanamientos a rigor de sable y bala” constituyeron parte del discurso, pero bajo la forma de consecuencia irrenunciable del ataque que rebeldes hacían contra las fuerzas armadas y la nación. Y el segundo referente apenas fue mencionado de acuerdo a sustantivos acrílicos, tales como “gobierno”, “Poder Ejecutivo”, “Ministro de Justicia” y “autoridad”. Es probable que no se le haya querido juzgar políticamente, en función de proteger la alianza discursiva con el gobierno radical que apuntaba a frenar las “turbas de anarquistas”.

Situándonos en las fuentes que dan cuerpo a las editoriales, encontramos la frecuente presencia del rumor. Predicaciones como “se dice” o “se habla”, le permiten al comentarista desmarcarse de la fuente concreta, lo que sitúa sus afirmaciones en el puro terreno de la especulación. Por otro lado, se citan directa y textualmente las fuentes de organismos obreros que rechazan el carácter revolucionario de la huelga, entregando la “voz obrera” a esas tendencias, pero a la vez entregándole a su interpretación un viso de realidad. Algo similar ocurre con el uso de fuentes oficiales, tales como las del nuevo prefecto de Buenos Aires. Los referentes anti-huelguistas aparecen, así, explícitamente. Y por último, las editoriales presentan una narración en primera persona que da cuenta del protagonismo del periodista en los hechos,

lo que le permite legitimarse él mismo como fuente directa, y por tanto, con apariencia de incuestionable.

4. La anti-huelga y las editoriales “mercuriales”.

Una cuestión que nos parece clave en las columnas editoriales de *El Mercurio*, tiene que ver con el deslizamiento de la agencia, de la acción, hacia los obreros. Son los huelguistas los protagonistas de los relatos, y en función de ello, el origen de la violencia. “El resto” son pasivos, refractarios y víctimas de esa agencia (entiéndase acción de un agente, versus un paciente). La agencia que debería corresponder a las autoridades y a las fuerzas de represión se invisibiliza. Simplemente se omiten sus acciones de ellos, como si hubiesen sido meros espectadores, o bien, señalándolos como responsables de la represión pero reactivos a la acción obrera. Se infiere que fueron los represores, pero no de forma agente (activamente). Ni gobierno ni militares aparecen como depositarios de la acción. De hecho, cuando se refiere la represión, aparece el pronombre neutro “se” (se reprimió, se castigó, etc.), haciendo desaparecer con ello, en la construcción sintáctica del discurso, la agencia concreta de la represión, es decir, su referente. Por el contrario, los obreros aparecen permanentemente como agentes, como activos, como actuando. Son ellos los que hacen, los actores principales. Sintácticamente, son los acreedores del desorden. Por su parte, la ciudadanía aparece, pero pasiva, contemplativa, y por tanto, bajo la figura de la víctima violentada por la agencia obrera. Evidentemente, esto refuerza la sensación de vulnerabilidad de los lectores, identificados con la ciudadanía. Y por último, no es menor que en ningún caso aparezcan los patrones. No sólo se invisibiliza su acción, sino el referente mismo. No existe en el discurso, lo que hace desaparecer el conflicto laboral, y por tanto, ante la lectura obrera desaparece discursivamente la lucha de clases enarbolada desde la reivindicación “de avanzada”.

Ahora, toda la reflexión que hemos sugerido se encuadra en el problema de la extensión y la selección de los aspectos noticiables de la semana trágica, y en este caso los comentables. Este problema es la cuestión del “marco”, es decir, de la construcción de realidad social desde la prensa, la que bloquea la

indagación y el análisis, produciendo y limitando el significado²². La selección de los hechos es parcial y, como hemos visto, pone énfasis en el estado de excepción. En función de ello son especialmente importantes las estrategias de omisión, pero también generalización falsa, el rumor y el acto de mitificación. Qué es lo que se dice y qué lo que se omite ya sugiere un primer aspecto de la arbitrariedad en la presentación de la realidad.

En conjunto, estas estrategias producen un retrato de la situación como un estado de desorden y descontrol que amenaza a la población (y el orden). Esta imagen, que es la que se instala en la retina de los lectores, permite referir la realidad de los hechos estimulando un estado de temor. A nuestro juicio, la imagen perfecta para justificar la represión restauradora del orden es como sigue:

En este momento la situación es la siguiente: decenas de miles de obreros en huelga de carácter revolucionario y en vías de organizar soviets en los barrios apartados. La policía defendiéndose de ser asaltada en sus comisarías –tentativas que se han repetido varias veces. La autoridad acumulando fuerza de línea en sitios estratégicos. Los vecinos sin proveedores y el tráfico de la ciudad completamente paralizado. Los obreros en lucha con la autoridad y cambiando tiroteos, cuyo eco se siente de vez en cuando hasta en la Plaza de Mayo. Todo el mundo temeroso de que se produzca la anarquía en un barrio y el mal acuda a los otros barrios²³.

Los obreros en control de la ciudad, bajo violencia, las fuerzas de orden resistiendo, las autoridades haciendo lo posible, y la ciudad sin servicios y con miedo. Síntesis, el caos. “¡Nadie sabe lo que puede ocurrir! ¡Y pueden ocurrir tantas cosas graves!...”²⁴. El temor al socialismo y la necesidad de desperfilarlo, llevan a las editoriales a sobre representar el caos y el desorden. El periódico se ha permitido, como forma de combate, exagerar deliberadamente el peligro. Lo paradójico y absurdo, bajo la lectura editorial, es que el movimiento parece no tener móvil o razón de fondo aparente, y más bien se muestra como una prolongación animalesca e irreflexiva de la violencia. La huelga es una

22. Gaye Tuchman, *La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción de la realidad*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1983, p. 194.

23. *El Mercurio*, “La huelga de obreros en Buenos Aires”, Santiago de Chile, 19 de enero de 1919, p. 3

24. *Ibid.*

irresponsable irracionalidad revolucionaria. El comentarista de *El Mercurio* dice: “No se conoce a punto fijo el verdadero motivo del recrudecimiento de la situación revolucionaria, pero es de suponer que se trate de una simple prolongación de las primeras graves escaramuzas [sic] que lo iniciaron”²⁵. Contra la racionalidad, mesura y cordura de la institucionalidad y la constitución, en contra de la paz y la tranquilidad sensatas de la ciudadanía, los huelguistas han enfrentado una violencia injustificada. A la civilización se le ha rebelado la barbarie.

Ya hemos sugerido antes que el problema de la nación se ha dejado deslizar en el discurso editorial. Finalmente, la reivindicación de la nación se presenta en abierta oposición a la huelga general. Las oposiciones de referentes ha conducido a situar la deixis discursiva en un “nosotros nacional”, un nosotros que incluye a todos los no huelguistas exaltados, especialmente sensible al vínculo entre ciudadanía y prensa. Una de las editoriales es enfática en la imagen que presenta:

*Grupos de jóvenes, entretanto, cruzaban las avenidas cantando solemnemente el Himno Nacional y desplegando los simpáticos colores de la bandera argentina. Eran conmovedores esos acentos escuchados en una hora de prueba para el patriotismo y la entereza argentina contra los cuales habían arremetido elementos extranjeros –rusos, polacos, españoles, italianos– de la peor especie y que se habían estrellado inútilmente en sus vanas pretensiones de conmover los cimientos y fundamentos sociales de este gran pueblo*²⁶.

La incorporación explícita y reivindicativa de la nación, como una esencia, como un valor, permite dar forma a una oposición dicotómica clara, diáfana, entre dos polos irreconciliables. La nación y la huelga. Es la realidad en blanco y negro, la de buenos y malos, la de connacionales y agitadores. Aún así, entre ellos se levanta un “tercer incluido”: el obrero sano. Maleable pero no malo. La construcción de estas oposiciones, y el “tránsito” que sugiere el obrero sano entre uno y otro, además de permitir mayor dinámica (y mayor apariencia de realidad) al dibujo de los hechos, se sustenta en la inevitable

25. *El Mercurio*, “Proyecciones de la huelga revolucionaria”, Santiago de Chile, 24 de enero de 1919, p. 1.

26. *El Mercurio*, “Bajo el rigor de una huelga revolucionaria”, Santiago de Chile, 21 de enero de 1919, p. 1.

oposición entre “el otro” y “el nosotros”. He aquí la importancia del centro deíctico en esta construcción. Desde donde se habla. Mientras se visualiza a los anarquistas como ellos, como los “otros”, los distintos, se representa a los otros “otros” (los obreros), también distintos, dentro de un “nosotros”. En el fondo, a partir de la figura de la nación, se prefigura un nosotros amplio construido desde la prensa.

Teun Van Dijk sugiere que dentro de las construcciones discursivas se aloja una estructura valorativa abstracta, que en términos concretos, adquiere la forma de un “cuadrado ideológico”, cuyo objeto es resaltar las buenas propiedades y acciones del nosotros, luego las malas propiedades y acciones del “otro”, seguido de la mitigación de las malas del “nosotros”, y finalmente mitigar las buenas de los “otros”²⁷. En el discurso editorial que encontramos en *El Mercurio*, este cuadrado se presenta en dos niveles, los que se levantan desde dos referentes distintos (pero complementarios): uno, la nación, y dos, los obreros verdaderos. Podemos observar esta construcción ideológica en el siguiente fragmento:

“Toca a los chilenos, unidos en una comunidad intensamente patriótica de sentimientos prevenir, hacer abortar, impedir, combatir hasta la menor amenaza de un movimiento semejante al que aquí acaba de tener lugar.

Y toca a los obreros chilenos, a los verdaderos trabajadores y enriquecedores de nuestro suelo, el dirimir y solucionar sus asuntos sin acudir a estos medios revolucionarios y sin mancharse ni con el contacto ni con la tolerancia de elementos extraños del país, colocados allí quizás con motivos incalificables y tenebrosos.

En cuanto a la autoridad, ella no tiene sino que tomar nota del peligro que hay en no poner atajo a tiempo a los avances del maximalismo revolucionario y de la forma cómo se repele una vez que ha sorprendido la buena fe de los obreros y ha conseguido infiltrarse en una población”²⁸.

El problema de la nación, en este punto, se vuelve fundamental. Los “obreros sanos”, que existen en la Argentina, también existen en Chile.

27. Teun van Dijk, “Opiniones e ideologías en la prensa”, en *Voces y Cultura*, N° 10, Barcelona, 1996, p. 21
28. *El Mercurio*, “Bajo el rigor de una huelga revolucionaria”, Santiago de Chile, 21 de enero de 1919, p.1.

El problema de la nación, ahí, parece no ser relevante. Lo importante es la oposición de “verdaderos trabajadores” a maximalistas. Tal como ciudadanía se opone a huelga. El problema de la nación aparece cuando se reconoce a los obreros como extranjeros. Siendo europeos pobres, son extranjeros tanto en Chile como en Argentina. El problema de la nación se traslada a la solidaridad nacional, que bien se encuadra en una identidad del “nosotros” binacional. Pese a su peso, parece no primar la cuestión de la nación como contenido, sino más bien como fórmula política. Como “orden nacional”. Por lo demás, la asociación de la huelga a las nacionalidades europeas, especialmente rusa, le permite a las editoriales disfrazar la fuerza del movimiento obrero argentino, lo que resulta de especial relevancia para el moldeamiento de los obreros chilenos. No son los obreros argentinos los que claman, sino los rusos maximalistas. No es el ejemplo de la organización obrera de la “nación hermana”, sino el contraejemplo de los anarquistas extraños a nuestras naciones. Con un fuerte matiz binacional, el centro deíctico lo constituye la “figuración de la nación”²⁹.

Sin embargo, existe un pequeño pero muy interesante matiz. Mientras el grueso del contenido analizado proviene del comentarista argentino, la más escueta de las notas analizadas es de origen chileno. Y ella expresa, a propósito de la expulsión de anarquista desde Argentina que se avienen a Chile:

Los telegramas dicen que dichos rusos expulsados vienen viajando a pié: la policía argentina, menos bondadosa que la nuestra, no se molesta en costearles pasaje por ferrocarril y ponerles un par de libras esterlinas en el bolsillo para atender sus primeras necesidades hasta que encuentren donde ganarse la vida, como lo hizo la de Chile en cierta ocasión con algunos sujetos a quienes invitó a partir del país³⁰.

La primera persona de esta editorial es plural, haciendo hincapié en un “nosotros nacional”, que se opone a la realidad argentina, a su constitución de sujetos nacionales (en este caso la policía), y por supuesto, se opone también a los extranjeros anarquistas. Es decir, más allá de las referencias nacionales solidarias del grueso de los contenidos editoriales vertidos en *El Mercurio*,

29. Rigurosamente, siendo la nación ya una figuración, se trataría de la figuración de una figuración, una reinterpretación de la nación que, a nuestro juicio, tiene un fin claramente persuasivo.

30. *El Mercurio*, “La infección a las puertas”, Santiago de Chile, 19 de enero de 1919, p. 3.

desde el lado argentino, la pequeña inclusión, temporalmente al comienzo, de una reflexión sobre la nacionalidad argentina desde el lado chileno, y que no se cobija en aquella solidaridad, tiende a quebrar la concepción binacional pues, lejos de constituir un gesto de solidaridad, la expulsión de los anarquistas hacia Chile es un gesto no solidario, a pesar de lo que expresa el discurso editorial desde la Argentina. La lectura de este cuerpo editorial, por tanto, pareciera tener una advertencia al comienzo. El problema parece deslizado desde la oposición americanos-europeos, hacia la tradicional oposición Chile-Argentina. Sin embargo, esto no quiere decir que se invalide o contradiga la construcción discursiva del maximalismo y la insurrección. Por el contrario, la refuerza desde una lectura de este lado de Los Andes.

Finalmente, lo que nos parece significativo es que, más allá de la necesidad del periódico de legitimarse (o construirse) como opinión pública, a través de la opción explícita por la nación y la patria, de amplia convocatoria, *El Mercurio* modela un totalitarismo mediatizado, es decir, un lenguaje que produce tanto un orden social totalitario como una subjetividad totalitaria: “se impone un sentido moral absoluto; se mediatiza la vigilancia y se subjetiviza el castigo; se patologiza la diferencia; se anula el pensamiento; se oficializa la palabra, y se naturaliza un orden social”³¹. Este totalitarismo no sólo invoca la nación, sino que también la construye en oposición al socialismo, a la huelga y la organización obrera crítica. El socialismo, de esta forma, no es posible en la nación. Es intrínsecamente antinacional. Viene de Rusia, y es sólo caos y desorden. Significa la claudicación y el entierro de la nación.

31. Juan Pablo Arancibia, *Comunicación política. Fragmentos para una genealogía de la mediatización en Chile*. Universidad Arcis, Santiago de Chile, 2006, p. 38.